

VII-4
C-292

El Rector

accidental

de la

INSTITUCIÓN PARA LA ENSEÑANZA DE LA MUJER

B. L. M.

al Excmo. Sr. Director de la Sociedad Económica de Amigos del País y tiene el gusto de remitirle el folleto publicado por este Instituto, como recuerdo de la Vedada que celebró el día 17 de las corrientes en honor de D. Concepción Arnal.

D. Eduardo Bosca

aprovecha gustoso esta ocasión para reiterarle el testimonio de su consideración más distinguida.

Valencia 25 de Mayo de 1908

VII-4
C-292

HOMENAJE

TRIBUTADO Á

DOÑA CONCEPCIÓN ARENAL

EN LA VELADA QUE CELEBRÓ

LA

Institución para la Enseñanza de la Mujer

EL DÍA

17 de Mayo de 1908



VALENCIA

IMPRENTA DE DOMÉNECH Y TARONCHER

T. Miquelete, 1

≡ HOMENAJE ≡

≡ A ≡

D.^a Concepción Arenal

Discurso

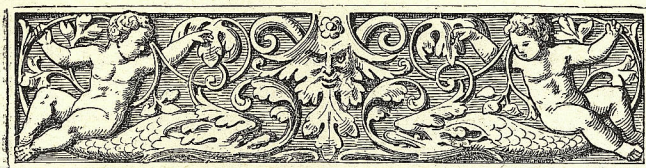
≡ DE LA ≡

Srta. D.^a María Julián Mira

≡ VALENCIA: 1908 ≡

Imp. Doménech y Taroncher

≡ Travesía Miguelete, 1 ≡



Señoras y Señores.

No he conocido á D.^a Concepción Arenal; pero toda la vida he oído hablar tanto de ella, de su extraordinario talento, de su sentir hondo y noble, y, sobre todo, de sus virtudes, de su bondad, una bondad de santa, que me la represento siempre como el símbolo de la perfección humana, le profeso una veneración profunda, y rindo á su memoria un verdadero culto. De ahí que, al invitarme esta Institución para tomar parte en la velada que en su honor celebra esta noche, no vacilara ni un momento en aceptar tan honrosa como inmerecida distinción, por dos razones: primera, por el cariño y profundo agradecimiento que siento hacia este centro de enseñanza, donde me he educado, y al que nada de cuanto me pida puedo negar; y además, porque es muy grato para mí rendir, en nombre de las alumnas de esta casa, un público homenaje de admiración y respeto á la gran pensadora, que ha colocado su nombre á la altura de los genios, de los héroes y de los santos.

Dicen cuantos la conocieron que, de carácter dulce y afable y sumamente modesta, trabajaba siempre en

la obscuridad, y como si no se diera cuenta de su gran valer. Así se explica que no haya quedado de ella una biografía digna de tal nombre, y que, para formarse una ligera idea de su personalidad y de la trascendencia de su obra desde el punto de vista social, haya que recurrir á sus libros admirables, mejor dicho, al espíritu que en ellos se manifiesta, porque, para hablar con acierto de sus obras, se necesita ser, como lo fué ella, jurisconsulto, filósofo, sociólogo, literato, y yo no me considero competente en ninguna de esas ciencias.

Pero aun sin ahondar mucho en el estudio de aquéllas, puede afirmarse que D.^a Concepción es uno de los espíritus más grandes, más justos y más perfectos que han existido en los últimos siglos. A una inteligencia soberana, cuyo vigor y profundidad de pensamiento sólo es comparable con los más grandes talentos masculinos, une un sentimiento y una voluntad, que constituyen el compendio de todo lo bello y todo lo bueno, pues la nota que sintetiza su espíritu es su inmenso amor á la humanidad, y el amor es caridad, es belleza, es el origen de todo bien. Por eso considero su inteligencia superior á la de muchos pensadores eminentes, porque así como la de éstos suele pecar de fría, la de la eximia escritora está caldeada y como iluminada por la viveza é intensidad de su sentimiento. Sus ideas, tan elevadas siempre, aparecen inspiradas por su constante pasión á sus semejantes, y desenvueltas con voluntad pura é inquebrantable; su poderosa intuición intelectual se halla avalorada y enardecida por la hermosa virtud de la caridad, que es su fuerza impulsora, el principio, causa y término de todos sus ideales y todas sus voliciones, lo cual imprime á sus obras el hermoso sello de filantropía y altruismo que las caracteriza.

Por eso, la obra sociológica de D.^a Concepción se distingue por su inmenso amor á la humanidad que sufre y es víctima de los vicios, injusticias, errores,

rutinas y prejuicios que la sociedad encierra. Aquella gran mujer acoge con caridad sublime todos los problemas sociales que contienen grandes dolores, y pone á su servicio las portentosas facultades de su alma. Los pobres, los obreros, las víctimas de la guerra, los niños, los delincuentes y las mujeres (que también éstas pueden contarse en el número de los desgraciados) encuentran en ella un ángel redentor, un campeón esforzado, defensor de sus derechos, que, con poderosa inteligencia, procede en el estudio de los problemas sociales como el disector ante el examen de un cuerpo: los desmenuza y descompone, aísla todas sus partes, estudia sus relaciones, desentraña todo su contenido, investiga sus causas más recónditas, y descubre, por medio de prodigioso análisis, su verdadero estado, marcando, con la clarividencia y originalidad propias del genio, el camino que ha de seguirse y los medios que deben emplearse para la solución de aquellos problemas.

Los desgraciados, cualquiera que sea el dolor que les aqueje, encuentran en ella una madre, y como las madres, que parece que aman con mayor intensidad al más desdichado de sus hijos, dedica ella sus ideas más elevadas y sus sentimientos más tiernos al mayor dolor, á los seres más infelices, á los que la sociedad rechaza siempre con desprecio y horror, sin tener en cuenta que en muchas ocasiones es sólo ésta la responsable de los crímenes cometidos por hombres que hubieran podido ser honrados, si hubiesen hallado una mano caritativa que les ayudara é impidiera que se convirtieran en miserables criminales.

Los presos le inspiran una compasión inmensa, que es el estímulo que la mueve á visitar las prisiones, donde hace un estudio profundísimo del alma de aquellos infelices, descubriendo con maravillosa penetración los más recónditos arcanos de sus conciencias, para cuyo alivio y consuelo escribe el *Visi-*

tador del preso, del cual dice el Sr. Salillas que constituye un evangelio penitenciario, y las bellísimas *Cartas á los delincuentes*, en las que los corrige, los enseña, los consuela, señalando magistralmente las causas que ocasionaron sus caídas y el medio de ponerlos en el camino de la regeneración, de la cual no desespera ella nunca. Por eso, con su intenso amor á sus semejantes, afirma que en toda conciencia, por turbada y pervertida que esté, queda siempre una idea, un sentimiento, algo bueno, por insignificante que sea, lo cual—dice ella—«debe respetarse y custodiarse piadosamente, como una chispa de fuego sagrado que puede purificarle en su día». ¡Qué tesoro de consuelo, de esperanza, de caridad inagotable encierran estas palabras!

El lamentable estado en que se tiene á los presos, moral y materialmente, arranca á D.^a Concepción, como todas las injusticias, una protesta enérgica y viril, que motiva sus *Estudios sobre sistemas penitenciarios*, conocidos y admirados en toda Europa y América.

Y así como la prisión es el libro donde aprende toda la ciencia penitenciaria que posee, y la coloca entre los más eminentes criminalistas, sus estudios sobre beneficencia los hace en el tugurio del pobre y en el hospital, donde, consolando al desgraciado, aliviando al menesteroso, sosteniendo al débil, enseñando al ignorante, enjugando cuantas lágrimas hace derramar la miseria bajo cualquier aspecto en que se presente, adquiere el asombroso conocimiento del corazón humano, que tan de relieve pone en el *Visitador del pobre*, verdadero tratado de psicología. En él hace la autora un derroche de fina observación y delicadeza de sentimientos, que condensa toda su labor sobre beneficencia, y del cual basta decir, para su elogio, que se ha traducido á casi todas las lenguas europeas. Es incalculable el bien que podrá hacerse á las clases menesterosas y el mal que podrá

evitarse el día que la institución de San Vicente de Paúl, de donde es libro de lectura, y otras sociedades análogas, así como cuantos deseen hacer bien á sus semejantes, estudien detenidamente este libro, pongan en práctica todos sus consejos y advertencias, y se penetren y saturen bien de la inagotable doctrina que contiene y del espíritu de caridad y abnegación con que está escrito.

En todas sus obras se encuentra la misma tendencia á estudiar y analizar los movimientos del alma y encauzarlos por el camino de la virtud, buscar y descubrir el bien y la verdad (de donde resulta que todas ellas son verdaderos tratados de psicología y filosofía moral), combatiendo siempre con energía varonil la violencia y la injusticia, y defendiendo la moral con la sinceridad y dulzura de un apóstol.

En su lenguaje, siempre elocuente y preciso, reflejo fiel de su poderosa y clarísima inteligencia, obsérvanse distintos estilos, consecuencia de la diversidad de cualidades que tan prodigiosamente se armonizan en su alma. Así, son sus palabras de una energía abrumadora cuando combate los vicios, las injusticias ó los errores de los ricos, y de una suavidad y dulzura incomparables cuando se dirige á los desgraciados para aconsejarles y consolarles, como puede observarse en sus *Cartas á un señor y á un obrero*.

Como pacifista entusiasta se revela en casi todas sus obras, especialmente en sus trabajos sobre derecho internacional y en sus admirables *Cuadros de la guerra*, tan prodigiosamente trazados, que basta leerlos para sentirse el ánimo profundamente impresionado y sobrecogido por las tremendas desdichas y miserias que aquélla trae consigo. «Guerra, hermanos míos, dice la autora, nombre horrible que compendia todas las maldades y todas las desdichas: la guerra es el hambre, la peste, el robo, el asesinato, el sacrilegio, el olvido de todos los deberes, la vio-

lación de todos los derechos, la destrucción erigida en arte, el verdugo de la ley, el escarnio del dolor, una cosa ciega como la materia, feroz como un tigre, todos los malos instintos tomando consejos de la ira, las pasiones sin freno, la desolación sin límites, la perversidad sin castigo, el crimen sin remordimiento. Esa es la guerra.»

Difundir sus doctrinas de paz y de concordia, de justicia y de verdadero amor á la patria por medio de la enseñanza en el hogar y en la escuela, sería uno de los mejores bienes que podrían hacerse á la humanidad, y seguramente que, á la vuelta de algunos años, habría dado más frutos el libro de doña Concepción en pro de la paz universal, que todo cuanto se ha dicho y se ha hecho en su favor hasta la fecha, pues rara vez lo primero que se siembra en el espíritu del niño deja de fructificar más tarde, cuando se convierte éste en hombre.

Pero la cuestión magna, el problema social de más complejidad y trascendencia de que ha tratado la señora Arenal, y acaso el que más la ha preocupado, es el problema social de la mujer; no solamente porque ésta es desgraciada y víctima de infinitas injusticias, sino porque nadie como ella, que trabajó siempre sola y abandonada de todos, especialmente de las mujeres, que no supieron comprender el inmenso alcance social que tenían sus empresas de amor y de paz, pudo apreciar el vacío que la mujer deja en la sociedad y que solamente puede llenar ella.

Porque la mujer es la clave de otras arduas cuestiones, causa de grandes desdichas y males sin cuento, de obstáculos que parecen insuperables para el progreso y el bien de las naciones, y que, muy mal calificados por la mayoría, no son sino manifestaciones de la ignorancia y de la reclusión moral y espiritual, digámoslo así, en que se tiene á aquélla. Difícilmente podrán solucionarse como es debido, sin quedar antes perfectamente deslindada, definida y dig-

nificada la situación de la mujer en la sociedad.

Para ello hay que empezar por desvanecer el error y la injusticia de creer que aquélla no tiene más fin que el que como mujer le es propio, olvidando los que como sér humano y como miembro de la sociedad en que vive le pertenecen, pues, como tal, tiene derechos que reclamar y deberes que cumplir. Por eso, al quedar sin efecto unos y otros, la sociedad se resiente por su base, vacila la moral, se entorpece la marcha del progreso, porque carece de una de las fuerzas que á él conducen, y sufre todas las consecuencias de la mutilación de que es víctima la mujer considerada como persona. Todo esto es resultado lógico y natural de la errónea teoría que juzga á la mujer por naturaleza inferior al hombre, moral é intelectualmente considerada, porque es evidente que, si carece de aptitud para el ejercicio de las facultades superiores ¿cómo ha de ocuparse en los grandes problemas de la vida? Si su inteligencia no puede remontarse á las altas esferas del pensamiento ¿cómo ha de cooperar en empresas serias y elevadas? A combatir estos errores fundamentales dedica la señora Arenal sus dos preciosos libros *La mujer del porvenir* y *La mujer de su casa*, que, como todos los suyos, especialmente el segundo, es de pequeño volumen, pero inmenso por su contenido y significado. En él quiere para la mujer los mismos derechos que tiene el hombre, refuta y combate á los que niegan á aquélla toda participación y todo derecho fuera del reducido círculo doméstico, y defiende magistralmente que la mujer, educada única y exclusivamente para madre de familia, perjudica en grado sumo á la sociedad. Dice á este propósito: «La mujer de su casa, que vive sólo en ella y para ella, no entiende nada ni le interesa nada de lo que pasa fuera, y juzga imprudencia, absurdo, quijotismo, disparate, tontería, según los casos, el trabajo, los desvelos y los sacrificios que por la obra social está dispuesto á hacer el padre,

el esposo ó el hijo. Ellos no deben ser sino para los suyos, para su hogar, porque cuando allí falte algo, no han de venir los de afuera á traer la tranquilidad, el dinero ó la salud que se perdió trabajando inútil ó neciamente por los que no lo merecen ó no lo necesitan.»

«Es inevitable, dice la autora, que, no siéndo un auxiliar poderoso del progreso, sea una pesada rémora.»

Ahora bien, para que la mujer pueda entrar seriamente en la plena posesión de todos sus derechos, hacer uso de todas las atribuciones que como sér humano é individuo social le corresponden, y tomar parte en todo cuanto al público bien se refiere, sin menoscabo de los deberes que como mujer le incumben en el hogar, es absolutamente necesario educarla de modo distinto á como hoy se hace. Precisa ante todo atender á su educación física, hacer de ella una criatura sana, fuerte y robusta, para que pueda dedicarse á su desenvolvimiento intelectual y moral. Hay que tener muy presente que á todo nuestro espíritu corresponde una base fisiológica, alterada la cual, difícilmente podrán adquirir su completo desarrollo y perfecto equilibrio nuestras potencias cognoscitivas, sensibles y volitivas. Además, la mujer es la hembra, y especialmente por ella, según muchos naturalistas, se conserva, se mejora y se degenera la raza.

En cuanto al orden espiritual, hay que evitar que se limite su inteligencia, por no permitirle ocuparse más que en pequeñeces y frivolidades. Se debe procurar, por el contrario, que se preocupe de los destinos del país y del bien de sus semejantes, puesto que en todos sentidos y bajo todos conceptos le interesan; que eleve su pensamiento á todos los problemas de interés humano, toda vez que es sér humano y en ellos ha de intervenir directa ó indirectamente; que no se anule ni debilite su voluntad teniéndola en perpetua

tutela, y que no se empequeñezcan sus sentimientos reduciéndolos á los meros afectos que engendra la familia. Es necesario conducir su educación por nuevos derroteros, abrir á su espíritu más amplios horizontes, que le permitan cultivar y desarrollar sus facultades en las esferas de la ciencia, del arte y del bien; y de este modo, ella, que siempre careció de ideales, los tendrá en la verdad y la justicia, en la caridad y el deber. Así formada y constituída la mujer, será la sociedad un todo ordenado y armónico, que podrá adelantar rápidamente en el camino de la perfección y el progreso; su misión educadora en el hogar la realizará con plena conciencia, inculcando en el espíritu del niño y sosteniendo en el del hombre las virtudes sociales y privadas que debe tener todo individuo, y de este modo será la columna que sostenga el edificio moral de los pueblos. Con su cultura y su emancipación se evitará el trágico espectáculo que se nos ofrece todos los días cuando muere ó se inutiliza el padre, el marido ó el hermano, de verla marchar por los únicos caminos que le quedan expeditos: el convento ó la infamia, por carecer de conocimientos adecuados que le proporcionen los medios necesarios de vida. Elevando, en fin, á la mujer, al mismo nivel moral é intelectual que al hombre, será aquélla, como quiere la Sra. Arenal «dulce, casta, grave, instruída, modesta, paciente y amorosa, pensando en lo que es elevado, sintiendo lo que es santo, trabajando en lo que es útil, dando parte en las cosas del corazón á la inteligencia del hombre y en las cuestiones del entendimiento á la sensibilidad femenina, oponiendo al misterio la fe, la resignación al dolor, la esperanza al infortunio, y llevando el sentimiento á la resolución de los problemas sociales, que nunca jamás se resolverán por la razón sola».

Así quiere á la mujer la Sra. Arenal, y en estas últimas palabras está sintetizada la labor de toda su vida; en ellas se encuentra la base de sus hermosas

doctrinas redentoras, puesto que todas sus obras no son otra cosa que la consecuencia de haber llevado el sentimiento á la solución de los problemas sociales. La piedad que le inspiran los que sufren, cuyas penas supo sentir con amor de madre, hizo brotar en su inteligencia los preciosos frutos que la permiten brillar entre los sabios más eminentes; porque en ella la ciencia no constituye un fin, sino un medio para ejercer la caridad, dulcísima é infinita palabra, por su aplicación y significado, que condensa y encierra todas sus doctrinas y la solución para los dolores y miserias que agitan á la sociedad. Ella quiere caridad de parte de los grandes y de los pequeños, de los ricos y de los pobres, de los sabios y de los ignorantes, caridad de todos para todos. Un átomo de amor en el corazón del hombre, y los de arriba mandarán en paz y con justicia, los de abajo obedecerán con humildad y sin bajeza, los menesterosos vivirán resignados con su pobreza y los opulentos comprenderán el sagrado deber que pesa sobre ellos de socorrerlos y ampararlos moral y materialmente. Doña Concepción considera que donde se encuentre el hombre, allí debe estar la caridad como fundamento de sus deberes, y, para quedar éstos bien cumplidos, se ha de tomar aquella norma de conducta. Por eso sostiene que todas las flaquezas y cuantas faltas cometemos en dicho sentido, envuelven una violación de esta ley universal. De ahí, que, deseando la regeneración de la sociedad por el amor, nada más natural que quiera tan hermosa obra para la mujer, cuyo corazón, por naturaleza, se halla siempre inclinado hacia los sentimientos más nobles y elevados; que la quiera tan instruída y culta como el hombre, para que, al aportar su cooperación á la obra social, no se deje avasallar por las impresiones recibidas, y sea su inteligencia el dique que se oponga á los excesos del sentimiento, el cual tan fácilmente se extravía cuando no está regulado por la sana razón. No quiere á la

mujer instruída para que se meta desde luego, dice, en el intrincado laberinto de la oferta y la demanda, de la concurrencia, el proteccionismo y el libre cambio, de las relaciones del trabajo y el capital, etcétera. «No es necesario que entre en ellas todavía». ¡Qué hermosos radicalismos encierra esta palabra! Pero todas ellas tienen una fase tan sencilla que no necesita estudiarse; basta con sentirla. Esta fase es el dolor sin culpa ¡ay!; y casi siempre sin consuelo. ¿Quién más que la mujer puede y debe dar éste?

Tiene razón la autora: ya que la naturaleza encomendó á la mujer la augusta misión de ser madre, que por su sentimiento lo sea en todas las ocasiones y para todos; que no encierre el sublime amor maternal, innato en ella y capaz de todas las abnegaciones, de todos los sacrificios y de todas las grandezas, en el estrecho círculo del hogar, sino que lo extienda á la sociedad, y, desenvolviéndolo en amor á sus semejantes, lo derrame como precioso bálsamo, que cure las heridas abiertas en el espíritu y en el cuerpo de los hombres por el crimen, el suicidio y el dolor.

Ella nos da el ejemplo: no predicó sólo con palabras elocuentes y persuasivas, sino con sus actos. Con su ejemplo admirable, es en la sociedad la antorcha que con luz divina alumbró el camino por donde debe marchar la mujer para conseguir su completa dignificación y, con ella, la regeneración de la sociedad, que no se encuentra sólo en manos del hombre, como creen casi todos, sino en las de la mujer principalmente, porque la mujer es la fuerza de atracción, es la familia, es la casa, es la educadora del niño en cuyas manos han de estar más tarde los destinos de la patria, es la inspiradora del hombre, es la madre, y el hombre es siempre lo que su madre hace que sea. Por eso nadie tan obligada como la mujer á elevar como su lema, como su estandarte, el nombre de la eximia escritora, y siguiendo sus preciadas huellas, iniciar, difundir y llevar á la práctica sus bellísimas

doctrinas de amor y de trabajo, eternas leyes de redención y de prueba; y de este modo ser quien mantenga en pie el monumento que, teniendo por base el dolor, ella misma se levantó con el esfuerzo eminente de su recta voluntad, con su heroica abnegación, con su portentosa fuerza creadora y, con lo que vale más que todo esto, con el conjunto admirable de virtudes que adornaban su espíritu, y que esparcen en torno de su colosal figura la suave y luminosa aureola de la santidad.

Maria Julián.

A Doña Concepción Arenal

Buscar la augusta verdad,
practicar el bien; son esas
las dos más nobles empresas
de la flaca humanidad.
Mas, de ellas, cada mitad
tiene distinta misión.
Deberes del hombre son
el indagar y el saber;
la bondad es propio ser
del femenino corazón.

Tú, por extraño portento,
tuviste, y esa es tu palma,
de la mujer toda el alma,
del hombre el entendimiento.
Vió claro tu pensamiento
lo que pocos sabios ven;
y tu corazón también
á tu inteligencia igual,
opuso al rigor del mal
la santa explosión del bien.
Por eso, la hispana gente
tu nombre bendito clama;
por eso vuela tu fama
de uno al otro continente;
por eso en tu augusta frente,
como corona sin par,
veo floridos brillar
lauros de doble victoria;
y el pedestal de tu gloria
es parecido á un altar.

TEODORO LLORENTE.

ERRATAS

Página 7, línea 16.— En vez de: «sinceridad», léase: «severidad».

Página 8, línea 35.—Dice: «moral y espiritual», sobra: «moral».

Página 8, línea 36.—«Difícilmente», debe decir: «y que difícilmente».

Página 13, línea 10.—No es: «dar éste» sino: «darlo?»

Página 13, línea 21.—Donde indica: «suicidio», debe leerse: «vicio».